

**LA CRÓNICA** | XAVIER FERNÁNDEZ

El Tarragona puso ayer un broche de oro a la temporada de Primavera con la excepcional 'Prendre Partit'.

El poder del arte

FICHA TÉCNICA**Título:** 'Prendre Partit'**Autor:** Ronald Harwood**Director:** Josep Maria Pou**Fecha:** Viernes 29, 21.30 horas.

Única representación

Lugar: Teatre Tarragona

■ El eterno conflicto entre política y arte pero, sobre todo, la obligación moral de tomar partido, ya sea ante una situación de gran trascendencia o en el más nimio detalle, constituyen la base de la magistral 'Prendre Partit', con un excepcional Josep Maria Pou y un no menos impresionante Andrés Herrera en los papeles protagonistas.

'Prendre Partit' narra la historia real de William Furtwängler, uno de los mejores directores de orquesta del siglo XX, aunque un desconocido para el gran público. Cuando Hitler asciende al poder, Furtwängler (interpretado por Pou) decidió quedarse en su Alemania natal y no exiliarse como otros muchos intelectuales y ar-

tistas. Asumió altos cargos en el Régimen nacionalsocialista, pero, al mismo tiempo, salvó a decenas de judíos gracias, precisamente, a su buena relación con los jefes nazis.

Acabada la guerra, Furtwängler fue uno de los procesados en los juicios de desnazificación. La obra se centra en la obsesiva búsqueda por Steve Arnold, un Mayor del ejército de EEUU (Andrés

'Aplicar el 21% al arte es propio de gobiernos asesinos. Hay que tomar partido', dijo Pou

Herrera) de pruebas en contra de Furtwängler. Su objetivo es que declaren culpable a Furtwängler, al que consideraron inocente.

Herrera interpreta a un militar soberbio, odioso, insistente,

para el que la verdad es lo de menos («las pruebas sólidas o líquidas no importan», «quiero crucificar a ese hijo de puta...»). Pero Herrera es capaz de que el público acabe entendiendo la enfermiza obsesión de su personaje. El militar había participado en la liberación de un campo de concentración y el horror visto le impulsa a una venganza personal contra todo lo que 'huela' a nazi.

Pou traza un personaje abatido, angustiado, que es interrogado muy duramente por el militar. Los cara a cara entre ambos (Arnold-Herrera y Furtwängler-Pou) casi erizan la piel.

Furtwängler justifica que se quedó en la Alemania nazi porque «hay que luchar desde dentro y no desde fuera», «quería que la gloriosa tradición musical estuviese intacta cuando nos despertáramos de la pesadilla», y «creía que, a través de la música, podría preservar la libertad, la humanidad y la justicia». El militar le acusa de cobardía, «de no dejarse ejecutar», de



De izq. a dcha., Anna Alarcón, Pepo Blasco, Sergi Torrecilla, Jaume Descarga, Josep Maria Pou, Andrés Herrera y Sandra Monclús. FOTO: J.M. ALCAÑIZ

permitir que Hitler le convirtiese en un símbolo.

Los personajes secundarios (Sergi Torrecilla como el ayudante de Arnold, Anna Alarcón como su secretaria, Pepo Blasco como un músico que traiciona a su director y Sandra Monclús como una mujer a cuyo marido ayudó Furtwängler) están excelentemente interpretados. Lanzan mensajes como «no existe la verdad. ¿Cuál es: la de los vencedores o la de los vencidos?», «el poder absoluto ofrece esperanza y certeza absolutas, es corrupto y corruptor», «enseñeme alguien que no es judío y no haya hecho comentarios antisemitas y le mostraré las puertas del Paraíso...». Frases que inducen a la reflexión. El especta-

dor sale de la obra con la sensación de que hay que tomar partido en la vida. O tomar partido por no tomar partido.

Tras la representación, los actores hicieron el esfuerzo de dialogar con el público en una nueva entrega del Fòrum de l'Espectador. Pou —que había sentenciado durante la obra que «sólo las tiranías entienden el poder del arte»— fue contundente: «Lo del 21% de IVA al arte es propio de gobiernos asesinos». Pou tomó claramente partido, pero el mensaje final fue que no hay blancos y negros, sino grises; que a veces es difícil distinguir entre buenos y malos; y que nadie sabe qué haría en determinadas circunstancias.